

Después de recibir las lecciones de aquel malogrado talento que era Simón Gómez y las no menos valiosas de Antonio Caba, su segundo maestro, al que sirvió de ayudante por algún tiempo; obligado por irreparables pérdidas de su familia á hacerse cargo en edad demasiado prematura del gobierno y sostenimiento de su casa, tuvo que poner á contribución inmediata su talento, su voluntad y los estudios hechos hasta entonces, para emanciparse de la tutela escolástica y pelear denodadamente por la vida.

Con prodigiosa fecundidad y facilidad se asimilaba todos los géneros del arte para responder decorosamente á las más opuestas demandas. Pintor de retratos, dibujante, ilustrador, adornista, pintor religioso, decorador... jamás ha tenido una negativa en cosa que dependiese de su esfuerzo mental, y siempre ha cumplido victoriosamente sus encargos.

Esto, no obstante, no le hubiera conferido significada personalidad. En arte, como en todo, no es posible abarcar con igual conciencia cuantas ramificaciones se derivan de aquél. La naturaleza humana tiene sus inequívocas preferencias en las que se hace fuerte, y los conocimientos secundarios no son más que accidentes del conocimiento principal.

Y Xumetra ha sido principalmente fuerte en dos cosas: como pintor de alegorías y como pintor decorador.

En el primer caso ha sabido condensar en grandiosas composiciones los más abstrusos conceptos, presentándolos con una claridad de exposición que las hace asequibles á la limitada comprensión de las multitudes. Tiene entonación brillante y aérea, emplea con buen gusto los más atrevidos contrastes de color, posee la ciencia de los escorzos, cualidades todas de inestimable importancia en la pintura de techos y cúpulas que ha sido y es su especialidad pictórica más relevante.

En el segundo caso, esto es, como á decorador, es inventor y propagandista de acción de todo un sistema que, predicado desde la cátedra del profesor ó extendido por el libro, le hubiera conquistado justo renombre en toda España y le ha procurado merecidas recompensas por sus trabajos personales en cuantos certámenes ha tomado parte.

El sueño de Xumetra sería redimir á su patria del tributo pagado á ornamentaciones exóticas que nada tienen de común con nuestras costumbres, ni con la naturaleza que nos rodea. Él desearía una ornamentación regional, la de la fauna y flora de cada provincia de España para aplicarla á los monumentos de cada región.

Imitando á Verdi en lo de *torniamo all'antico*, recuerda que los artífices que esculpieron y adornaron nuestras espléndidas catedrales góticas inspirábase en aquellos objetos que más directamente herían su imaginación, y estos eran, naturalmente, los que estaban al alcance de su vista. Por esto, el cardo, la alcachofa, la col, tuvieron tanta parte en la escultura de nuestros edificios religiosos y profanos de aquel estilo,



FERNANDO XUMETRA

mientras que en los capiteles se reproducían con toda ingenuidad personajes, animales, caricaturas y hasta escenas completas de acontecimientos contemporáneos.

Pero esto solo no tendría más valor que el de restaurar un procedimiento en mal hora olvidado. Xumetra quiere, y en esto estriba su originalidad, que la ornamentación floreal abarque el proceso completo, desde la simiente á la germinación, al desarrollo, al florecimiento, al fruto, porque en todos estos elementos, lo mismo en conjunto que en detalle, existe latente el tipo ornamental. Además, desea que este estudio no se concrete solamente al exterior, sino que, penetrando en la vida interna de la planta, se convierta la forma científica en nuevo elemento de arte.

Así cada país tendría su propia ornamentación en los productos naturales de su suelo, y el espíritu no se vería sorprendido por ridículos simulacros de una vegetación extraña á sus ojos.

El modernismo, en su inquieto afán de novedad, ha acertado á hallar en parte esta lógica y sencilla fórmula, enunciada bastantes años atrás por Xumetra, quien, no contento con enunciarla, quiso predicarla con el ejemplo. El balcón-jardinera de hierro forjado y repujado que figura en la primera plana de este número, es un feliz ensayo de su sistema, premiado en la primera Exposición de Artes Industriales de esta ciudad. Al propio tiempo que ese trabajo se funda en un incontrastable racionalismo, tiene la seductora gracia del *plateresco*, cuyas líneas simula. Con el modesto título de «Estudios de la flora regional española», envía á la Exposición de Bellas Artes de Madrid (1893), una colección de láminas en las que estudia algunas plantas, desde su germinación hasta la producción de la simiente nueva, y obtiene una medalla. Idéntica recompensa merece en las Exposiciones de Bellas Artes y de Plantas y Flores de Barcelona (1894); prueba indudable de que ambos jurados han comprendido el alcance y valor de la innovación, expuesta, á decir verdad, de una manera tan práctica como magistral.

Podrá ser que alguien, con mejor fortuna, coincidiera ó se aprovechara, sino aquí, en el extranjero, de esa invención de Xumetra; nadie, sin embargo, tendrá el derecho de arrebatárle la prioridad, puesta de manifiesto desde mucho antes que el arte se encaminara por nuevos derroteros que realizan, en cierto modo, el sueño de nuestro amigo.

Hoy Xumetra cuenta 43 años (nació en Octubre de 1860), y hace más de veinte que su mano no descansa, cosechando honra y provecho por los linderos del arte. Replegado en sí mismo, laborioso, solitario aunque buen amigo y siempre excesivamente modesto y afable, sigue siendo, por el corazón, aquel muchacho que conocimos en la Escuela de Bellas Artes. Al cariño de su madre, á quien acompañó hasta cerrarle piadosamente los ojos, sacrificó sus más íntimos afectos, y no fué el menor el del arte por el arte.

FRANCISCO CASANOVAS

## FARSA HUMANA

INDUDABLEMENTE parecía el sér más feliz de la creación. Su popularidad era tanta, que más de cuatro ministros hubieran ambicionado para su gloria, tener igual número de admiradores que aquel mímico extraordinario. Cuando contemplábamos su desquiciada cara, embadurnada por gruesa capa de albayalde que encubría completamente la expresión de sus sentimientos; aquella cara que á fuerza de repetidas contorsiones era á cada momento una máscara diferente, pensábamos que *Pierrot* era el

más dichoso de los mortales, que su espíritu nunca se hallaba perturbado por la violencia de las pasiones que á todos nos subyugan, y que su sola misión en el mundo era reír, reír eternamente y producir la risa general.

Pero ¡cuán equivocados estábamos!  
¡Cuántas veces aquellas muecas grotescas, que hacían desternillar de risa á muchos, no eran más que las encubridoras del pesar que experimentaba el mísero histrión.



SILUETAS EN NEGRO PARA UN FRISO.



Porque *Pierrot* sufría mucho, y por una de esas aberraciones de la vida, su dolor, en vez de inspirar lástima, producía la mayor hilaridad y era objeto de chacota en cuantos le conocían...

¡Su misión era hacer reír, y lo conseguía hasta con su desgracia! *Pierrot* amó una vez en su vida; amó con una de esas pasiones que todo lo atropellan, que todo lo avasallan; por las que se vive y se llega al martirio ó al crimen.

Encontró una mujer de rostro angelical, de formas esculturales, poseedora de todos los secretos de la más refinada seducción, y, sin tratar de defenderse de sus arteras asechanzas, se esforzó en demostrarle que, aunque pobre payaso, guardaba un corazón virgen de cariño y rico en ternura. Lavóse la cara detenidamente, y la mostró sin la blanca mascarilla que de continuo la desfiguraba, impregnada de esa misteriosa expresión que sólo sienten los seres enamorados, y entonces suplicó humildemente un poco de afecto á cambio de su vida entera.



EL TRIUNFO DE LA VIRGEN — BOCETO PARA CÚPULA DE TEMPLO.

Un día sospechó que su amor era traicionado villanamente por la mujer á quien había consagrado todas las delicadezas de su alma.

Indagó; acechó astutamente; representó una farsa más, para no infundir sospecha, y, mordiéndose las lágrimas y abofeteando con su constante risa, llegó á tener el convencimiento de su desventura, la cual ya era conocida de mucha gente. ¡Ah! ¡Cuánto odio sintió germinar en su corazón! Comprendió el asesinato; se explicó la existencia de un sér malvado, y paladeó con fruición embriagadora las misteriosas dulzuras de la venganza.

Una noche, anuncióse por medio de grandes cartelones fijados á la puerta del teatro, el estreno de una pantomima en la que el popular *Pierrot* haría, como siempre, las delicias del público.

Se trataba de un episodio de la guerra franco-prusiana, desarrollado en varias de esas burdas escenas que componen el mencionado espectáculo.



LAS ARTES, DIRIGIDAS POR LA ARMONÍA, RINDIENDO TRIBUTO Á LA INMORTALIDAD (Boceto).

Un grupo de soldados franceses, prisioneros de un destacamento alemán, consiguen evadirse, merced á la astucia de *Pierrot* que, disfrazado de mujer, se aproxima al jefe de la fuerza y lo mata de un pistoletazo, después de haber matado sus compañeros á los centinelas.

La espectáculo era grande. Después de un sinnúmero de bufonadas que hicieron prorrumpir en

calurosos aplausos á la regocijada concurrencia, llegó el momento crítico del desenlace.

El mímico que representaba ser el jefe de los alemanes, era Williams, el director de la *troupe*; un hombre de fuerzas hercúleas y formas atléticas.

Todos lo respetaban; pero pocos le querían.